

El Aconcagua por el Glaciar de los Polacos expedición del C.A.T. 1961

Día miércoles 11 de enero

Con las primeras luces del día estoy ya fuera de la carpa, me domina una vaga sensación de impaciencia e inquietud. Hemos cortado el cordón umbilical con el último resto de apoyo y contacto (en este caso los gendarmes y sus mulares) con el mundo exterior a este desolado valle de Relinchos, donde se encuentra el Campamento Base.

Subo una loma desde donde se domina el Aconcagua y la parte superior de la quebrada que a los pies de la gigantesca mole se abre en un amplio valle ondulado por extensas morrenas y glaciares fósiles, es decir sepultados por una capa más o menos gruesa de grava y detritus. En mi imaginación se me representa como un descomunal circo donde hemos sido dejados para enfrentar al coloso que impasible en su calma domina todo desde su altura, desusada para nuestros ojos, se me antoja exagerada y cercana a los límites de nuestro atrevimiento. Me siento insignificante y me consuelo pensando que al menos el tiempo nos ayuda, pues como dije anteriormente, la montaña está en calma, el Aconcagua solo se limita a “fumar” grandes nubes lenticulares que se desprenden a intervalos regulares de su cabeza englaciada y que el viento del Pacífico arrastra luego lentamente, cuando una pasa majestuosa encima nuestro, otra está ya despegándose de la cumbre y comienza a emigrar hacia el oriente, luego otra y otra!!!

Vuelvo pensativo y lentamente al campamento. ¡Qué grandeza! Y esa pendiente del glaciar. A cada paso me pregunto ¿Podremos? ¿Podremos?

Bravo ya está organizando los preparativos para efectuar la “lanzadera” hacia el pie del Aconcagua. Abrimos los cajones y comienzo a repartir a cada uno la “porción” que deberá portear en su mochila: latas de conservas, cajas de pan, sogas, clavos de hielo, latas de combustible, Etc. Etc. En silencio colocan las cosas en las “sherpas” (cierto tipo de mochilas), pero nota que todos disimuladamente prueban el peso y algunas quejas.

A las 10,30 hs. parte la caravana, lentamente, como hormigas bajo sus cargas; verdaderamente el trabajo de equipar los campamentos de altura, es una labor semejante a la de estos insectos, cargar, subir, bajar, cargar, subir. . .

Los primeros instantes bajo una mochila son decepcionantes, a los cinco minutos la respiración es agitada e invariable y automáticamente uno eleva la mirada, ve y se pregunta ¿Y todo “eso” me falta?

Modulo las inspiraciones y espiraciones con el paso y al poco tiempo las piernas me llevan casi inconscientemente detrás del que me precede; entonces la mente se libera y vuela y juguetea con pensamientos, recuerdos e ilusiones mil. Nadie habla. En el silencio infinito del valle solo escucho el crujido constante de los botines mordiendo la grava como si dijera monótonamente; arriba, arriba, arriba.

A las 13 horas nos acercamos a los primeros campos de penitentes. Curiosas formaciones de hielo, como agujas verticales y orientadas en una misma dirección, parecen una enorme procesión de monjes blancos.

Así, erguidos sobre la arenisca, parecen inestables. Alguien no resiste la tentación y patea uno, se escucha una imprecación. Son firmes como postes y duros. Los evitamos haciendo un rodeo. Uno va rengueando.

Estamos ya casi al fondo del gran circo, en esta zona el hielo emerge en parte y está sembrada de pequeñas lagunitas con fondo glaciario que morigeran con su dulce calma, el aspecto sombrío y caótico del desierto pedregoso que nos envuelve.

A estas horas el agua aflora por doquier y corre por todas partes, comienza el deshielo, todos los riachos paralizados por el frío de la noche, reviven con el calor del sol y caen revoltosos valle abajo.

Hacemos un alto para comer, las mochilas desprenden de las espaldas, pero no por mucho tiempo, 20 minutos después están nuevamente gravitando sobre nuestros hombros, hasta las 15 hs., momento en el que decidimos dejar la carga allí y regresar al campamento. Acomodamos todo lo porteadado al pie de una roca y lo cubrimos con piedras para que no se lo lleve el viento y jalonamos el lugar con un montículo para individualizarlo. Este lugar no es apto para instalar el Campamento Nº 1. Estamos en la base del gran espolón rocoso que divide en dos el fondo del valle, a la derecha de este contrafuerte del Aconcagua, sobre un empinado acarreo semicircular, sospechamos la existencia de una meseta con agua y que podrá servir como futuro sitio del Campamento 1. Calculamos en 3 hs. Lo que nos queda desde el depósito hasta allí.

Mientras bajamos al Base, Jorge va a explorar. A las 17 hs. estamos llegando a las carpas y como buitres caemos sobre los trozos del guanaco que quedaron de la víspera, estos, ablandados a golpe de martillo-piqueta y fritos en manteca, simulan excelentes "bifteks". Mario se encarniza con el cráneo del animal y extrae el pequeño cerebro, bocaditos de sesos ingresan en el menú de éste, nuestro primer día de trabajo en pos del Aconcagua.

Dos horas más tarde llega Jorge. Fue hasta el borde del balcón y efectivamente, como pensábamos, allí arriba el terreno es más o menos horizontal y corre un hilo de agua, también nos informa que, para llegar allí, es forzoso atravesar un campo de penitentes, conforme al cálculo, 3 horas de marcha desde donde hicimos el depósito de víveres y materiales. La próxima jornada será dura, pero debemos poner el Campamento Nº 1, aprovechando ese lugar tan propicio. Está bastante cerca del portezuelo Aconcagua-Ameghino, paso olvidado para alcanzar el gran glaciar de los Polacos.

Nos reunimos Jorge, Miguel, Mario, Tató, yo y Bravo en la gran carpa de este último. Entre mate y mate, a la luz de una vela deliberamos y planeamos las tareas venideras, además decretamos por unanimidad "feriado" el día de mañana. Hay que reservar energías para más adelante.

Día jueves 12 de enero

Como lo habíamos decidido la víspera hay total inactividad en el campamento. Claro está, inactividad se refiere a trabajos de montaña, marchas lanzaderas, etc., porque en un campamento nunca se descansa como para echarse a tomar baños de sol, siempre hay algo del equipo que reparar, coser y limpiar, lavar, cocinar, etc.

Son las 10 de la mañana y nadie asoma de las carpas, es un día espléndido y el sol promete calentar. En la carpa de O.B. se escucha mezclado al zumbido del calentador, no sé qué historia que relata Tató, de un acompasado dúo de ronquidos. A las 11 hs. y mientras encero pacientemente los botines, veo que empiezan a salir mis compañeros de las carpas, con caras somnolientas y jarros de mate en la mano.

A estas horas el arroyo comienza a murmurar, se descongela y el agua cristalina invita a quitarse la tierra acumulada desde que partimos de Punta de Vacas. Munido de jabón y toalla me dirijo al riacho, dispuesto a darme un baño. O.B. está allí afeitándose en el espejo de la brújula, está reluciente después del aseo. Jorge restriega vigorosamente una serie de pañuelos mugrientos. Animoso me desvisto. El

primer contacto con el agua me hace dudar, a la segunda tentativa me detengo y pienso que es más conveniente lavarse los pies y cara solamente. El agua está helada, me quito los zapatos y los dos pares de medias. Desde que comenzó la expedición las uso y “ya caminan solas”. En lo mejor del aseo, un jarro rebota en mi cabeza, furioso busco el agresor y veo a Miguel que estaba lavando sus enseres de cocina unos pasos corriente abajo. –puerco-¿quieres que me envenene con esa agua pestilente que dejas?.

¡Lo curioso es que estaba lavando sus platos con una media usada! Bravo se escandaliza. –No debemos perder en la montaña los atributos de hombres civilizados-, sentencia concienzudamente y prosigue su escrupuloso afeitte.

Regreso a la carpa, (el lavado quedó para otro día), allí me envuelve un apetitoso aroma a caldo de gallina (lógicamente, condensada la gallina en pequeños cubitos envueltos en celofán).

Así pasamos un tranquilo día en el Campamento Base, dedicados a las pacíficas tareas domésticas. Tranquilidad aparente porque por dentro bullía de impaciencia y la imagen del Aconcagua me asaltaba a menudo. Noté que varios subían la loma que nos lo ocultaba y se quedaban arriba largo rato, como hechizados.

Me llamó la atención la escasez de comentarios acerca de estas prolongadas observaciones.

Días después cuando bajábamos con el reciente sabor de la conquista de la cumbre, le pregunté a mis camaradas qué pensaban durante los largos días de aproximación y Campo Base, mirando el Aconcagua que nos esperaba.

Les obsesionaba el mismo temor que a mí y mil veces se preguntaban ¿llegaremos? ¿podremos con el glaciar? Había entonces más de un escéptico o pesimista y los puse en un aprieto preguntándoles porqué habían seguido hacia arriba.

Ni yo me respondí aun satisfactoriamente. Pero allí estaba la meta, el anhelo, el propósito tantas veces expresado, la cumbre, “fumando” y “fumando”. “Había que seguir”

Al atardecer, reparto los últimos elementos que debemos portear hasta el futuro Campamento Nº 1, acondiciono los víveres que quedarán aquí de reserva para el regreso y me introduzco en la carpa a escribir hasta que la llama de la vela titubea y se apaga, son las 21 hs. Poco a poco la conversación.

Día Viernes 13 de enero

A las 8 y 30 me despiertan las voces de Bravo que está poniendo en pie a todo el campamento. Después de un abundante desayuno, volcamos las carpas y nos apresuramos a meter todo en las mochilas. Estas resultan de un peso y volumen exagerados (30 kg. más o menos).

A las 9 y 20 del “poblado” Campamento Base, solo quedan unas latas diseminadas entre el pedregal, testigos de nuestra estadía en ese sitio. Caminamos lentamente, agobiados por el peso, poco a poco el grupo se disgrega.

Justo a mediodía llegamos a la zona de las lagunitas, allí nos detenemos, Jorge, Mario Ovejero y yo, para comer algo. Mientras nos tiramos como jamelgos cansados sobre la grava para recobrar aliento, el incansable Jorge trata de encender un calentador dentro de una pequeña gruta de hielo. Inútil, después de pacientes intentos debe desistir, el fuerte viento que se cuela a través del portezuelo Ameghino y barre todo el valle, lo apaga. Abrimos una conserva y preparamos unos sándwiches.

En esto estábamos cuando aparece Bravo con su mochila, más correcto sería decir que aparece una mochila con Bravo abajo, pues su carga es desmesurada, su rostro sudoroso refleja el esfuerzo que hace.

Confieso que me llamó la atención ver al “viejo” Bravo cansado más de lo normal, pues en diversas ascensiones que efectuamos con él, le he visto caminar y cargar, siempre delante nuestro, incansable, hasta hacernos rabiarse con su paso racional y constante, pero ahora “se le fue la mano” con la carga y nosotros aprovechamos el brete para repetirle hasta el hartazgo. ¡La edad, veterano, la edad, no es la mochila lo que pesa, son los años!

Bravo pone cara de circunstancia y con su actividad trata de demostrar lo contrario, pues con la ayuda de Tató que acaba de llegar, se pone a armar su carpa y me comunican un ligero cambio de plan para aligerar peso y luego, llevando víveres del depósito que tenemos un poco más adelante, al Campamento N° 1, bajar hasta aquí para pernoctar.

Tratando de no complicar al lector con estos vaivenes, diré que Dado y Miguel habían decidido abajo, hacer un campamento intermedio, en el sitio que nos encontramos, mientras el resto proseguimos la marcha.

La pendiente que se hace cada vez más abrupta y el violento viento, conspira en contra de el buen humor, el optimismo y nuestro empuje, que se reducen al mínimo suficiente para no imitar a nuestros compañeros que están armando campamento. Después de 2 horas de repecho recién habíamos ascendido 300 m.

A pesar que va algo rezagado y debemos esperarlo, Ovejero nos sorprende con su presencia de ánimo, y cuando este muchachito nos alcanzaba, y jadeante nos decía:

-Sigán muchachos, no se preocupen que voy bien, nosotros, los “experimentados” nos mirábamos asombrados, pensando que hacía su “debut” como montañés en estos agotadores acarrees del Aconcagua.

Estamos llegando ya al campo de penitentes que debemos cruzar. Allí nos alcanzan y pasan Tató y Bravo como locomotoras, “se le destapó el indio al veterano” pienso mientras sigue a Jorge que toma la delantera entre los penitentes.

Este berenjenal es como sacar de quicio a un monje, sobre todo cuando nos atascamos entre dos de estas agujas de hielo, uno forcejea y pateo, inútil, deberá hacer marcha atrás y tomar por otro lado. Hay zonas donde estos “caprichos de la naturaleza”, están demasiado juntos como para que pase un cuerpo y menos la carga que portamos, entonces debemos trepar por sus aristas y con verdaderos malabares de equilibrio, caminar sobre estas, más de una vez nos ayudamos entre nosotros a sacarnos de inverosímiles posiciones, después de un resbalón.

En un momento dado, observando a Bravo y Tató que escalaban ya cerca del borde de la meseta que pretendemos alcanzar y envidiándolos por haberse desembarazado ya de este laberinto, veo con angustia una nube de polvo, unos metros encima de ellos ¡un derrumbe! Dos figuras huyen a grandes saltos del camino que siguen las rocas y pedregullos en desenfundada carrera hacia abajo, cuando se disipa la polvareda, vemos con un suspiro de alivio que los dos se mueven y continúan la marcha. Mirando quebrada abajo se escucha largo rato, como un trueno lejano el desprendimiento.

Los cuatro espectadores del incidente, con el mismo o mayor susto que los protagonistas, continuamos el forcejeo entre las agujas de hielo y con gran contento los dejamos atrás hacia las 16 hs. ¡Salimos de la sartén para caer en el fuego!, objeta Mario renegando con el empinado acarreo, teatro del apuro pasado por nuestros compañeros. En verdad esta pendiente de piedras flojas tiene un grado de inclinación próximo al límite del equilibrio. Al menor movimiento se desplazan amenazadoramente, y uno

encima de ellas, de tal suerte que después de unos pocos pasos pacientemente ganados, nos encontramos violentamente en el mismo lugar de partida y así seguimos hasta las 17 hs. una larga serie de pasos, porrazos e imprecaciones.

En este último tramo Ovejerito quema su resto de energías y deja su carga en el borde la meseta, para buscarla más tarde, una vez instalado el campamento y recuperada las fuerzas. Unos trecientos metros más adelante Bravo me hace señas, allí dejaron sus cargas y prepararon una plataforma para carpas. Ahora ellos bajan hacia el campamento intermedio que dejaron abajo, en las lagunitas.

50 m. antes de llegar sufro un violento calambre en los músculos dorsales que me obligan a detenerme. Mario baja a ver qué sucede.

¿Qué te pasa viejo? Ánimo que ya estamos.

-La condenada máquina de coser me dejó la espalda a la miseria-

Sufría las consecuencias de las numerosas noches de pre-expedición que pasamos cosiendo carpas, mitones, anoraks, etc. etc. Encarnizado con los más engorrosos problemas de costurería que es el doble de imaginar. Mario, decide cargar mi mochila y yo lo sigo encorvado como un viejo reumático.

Mientras Jorge y Mario van y alisan el terreno para las carpas, yo le hago compañía a Ovejero, que exhausto duerme un sueño agitado echo un ovillo bajo una peña. Estaba "apunado".

El viento arrecia y son inútiles los esfuerzos que hacemos para poner en pie la carpa de Jorge. Después de una hora probamos con la mía, que es más pequeña, y logramos pararla, agotados nos amontonamos los cuatro adentro a descansar, mientras masticamos unos trozos de chocolate, rogando que el ventarrón no nos tire al suelo la débil estructura de la carpa.

A las 19 hs. el viento amaina. Mientras Jorge baja al balcón a buscar la mochila de Ovejero, los demás armamos su carpa y nos dedicamos a preparar la comida. Obscurece ya y con las sombras el frío se hace sentir. El ambiente reducido de la carpa se nos antoja agradabilísimo, escuchando el murmullo del calentado bajo una succulenta marmita de fideos.

Dormimos es noche con la íntima satisfacción de haber dado un paso más hacia nuestro propósito, pues esas débiles tiendas zamarreadas por el viento, tan débiles y pequeñas como para ser insignificantes en la inmensidad de la cordillera, sería como un escalón más que utilizaríamos para la conquista del coloso de América.

Día Sábado 14 de enero

Hemos pasado una pésima noche pues pocas veces he logrado conciliar el sueño. Me preocupaba la carpa y a cada crujido raro que le arrancaba el viento, me preguntaba si aguantarían las retorcidas costuras, que veníamos a probar en tan borrascoso lugar. Durante esta vigilia escuchaba a Jorge que se levantaba a cada memento y maldiciendo reponía los vientos de su carpa que se rompían como piolines.

A las 8 hs. y viendo que era inútil pretender dormir, salgo de la carpa. Afuera Jorge está aún lidiando con el viento, amarrando su doble techo que pretende levantar vuelo. En su rostro malhumorado (poco frecuente en nuestro compañero) se notan las huellas de una noche en vela.

-Buen dia Georg ¿cómo va eso? ¿y Ovejero?

-Yo mal, él bastante bien, pues tiene la curiosa virtud de dormir bajo la lona de una carpa derrumbada y desde ayer a las 20 hs. no despega los ojos a pesar que se viene todo abajo. Dime ¿tienes una sogas más gruesa, para los vientos? esta no aguanta-

-¿Está enfermo?

-Creo que agotado, ayúdame con este doble techo maldito y luego lo ves a él-

Adentro Ovejero duerme ruidosamente con la boca entreabierta como respirando ansiosamente. Sufre por la altura y el esfuerzo de ayer. Lo sacudo y se despierta sobresaltado.

-¿Cómo te sientes? Me mira apenado y hace un gesto negativo con la cabeza.

-Oye, ¿Crees que podré seguir? - Pregunta.

-Todo depende de ti, tienes que sobreponerte y ayudar un poco a Jorge. ¿Quieres algo? ¿un té?-

-No, gracias.

Afuera Jorge sigue amontonando piedras y anudando sogas, yo me introduzco en mi carpa a ingerir el desayuno que Mario a preparado y luego nos dedicamos a construir una “pirca” alrededor de la tienda. Terminada la tarea nos ponemos a cocinar dentro de ella, notando con satisfacción que el viento no la azota tanto detrás de la pared.

A las 12 hs. comunico a mis compañeros que bajaremos al depósito de las lagunitas a buscar el resto de provisiones para equipar definitivamente este Campamento 1

Mientras nos preparamos para esto, llega Jorge a mi carpa.

-Quique ¿Qué hago con Ovejero? No creo que pueda bajar, al menos hoy

-¿Comió?

-Ni una miga, duerme-

-Que se quede aquí. Pronto llegarán O.B. y los demás con sus carpas y nosotros le subiremos la parte que le corresponde a él.

-Si, está bien, pero cuando sigamos arriba

-Eso lo veremos mañana, Jorge, ahora bajemos – dije esquivando una respuesta.

Ya estaba planteado el problema que había aludido desde que se planeó esta expedición. ¿Quién va a cumbre? ¿Quién se queda? Al menos dos de nosotros debíamos quedarnos de apoyo en los campamentos inferiores para seguridad del grupo de asalto a cumbre. ¿Quién cumpliría estas tareas tan amargas como meritorias y necesarias?

Todos llevamos la íntima ilusión de la conquista y no podía decir a ninguno de mis compañeros –Tu te quedas-, rompiendo así el sueño tantas veces acariciado. El anhelo que tantos desvelos, trabajo y sacrificio nos costaba. La Cumbre.

Mientras ponemos a nuestras espaldas las mochilas vacías y emprendemos en silencio el descenso, voy pensando en buscar una solución para este dilema.

Viene a mi memoria una noche en Tucumán. En el Club estamos reunidos todos los miembros de la futura Expedición C.A.T. al Aconcagua, haciendo la revisión de presupuestos, recuento de equipo y

distribuyéndonos para formar las cordadas y unidades, carpas. Comentábamos la planificación y reglamentos que acababa de leer, cuando Bravo puso las cartas sobre el tapete.

-No debemos pasar por alto un punto importantísimo, que aquí se puede discutir y determinar, a los 6.000 m. es imposible y puede acarrear graves consecuencias, en lo que a moral y unidad de la Expedición se refiere. Ya existen experiencias tristes, o molestas, las más de las veces, al respecto . . .

-Ea O.B., vamos al grano. ¿Se refiere al grupo de Cumbre?- Interrumpe Miguel.

-Efectivamente, opino y aconsejo que se lo determine desde ya, está de más repetir que un grupo, de al menos dos personas, permanecerá al pie del galciar, en un campamento bien equipado, para seguridad de los que estén trabajando en pos de la cima, para organizar evacuación de equipo, rescates en caso de accidente, etc.

Nos miramos en silencio y comprendo que a todos les pasa lo mismo que a mí. Sabemos que más de uno de nosotros no resistirá la dura prueba y deberá desistir de su intento, quedándose en un campamento intermedio.

¿Pero resignarse desde ya a ello? ¡No!

¿Es egoísmo? ¿Falta de espíritu de colaboración? Para mi es una suerte de “agresividad” hacia la propia conciencia. Tratar de llegar. ¿Qué mis fuerzas físicas no resistirán? Puede ser, pero. . . veremos.

Hago conocer mi punto de vista a mis compañeros:

-Bien sabemos que más de uno deberá “tirar la esponja” no nos engañemos, pero considero que ninguno, a fuer de derrotista, puede señalar a los que no llegaremos. Pue bien. Los que nos vamos quedando integraremos el grupo de apoyo. El mismo Aconcagua deci dirá, y creo que es el mejor juez eb este caso.-

Se arma una barúnda, todos hablan y opinan al mismo tiempo, el ambiente está caldeado. Al fin Mario logra hacerse oír:

-Un momento, por favor, escuchen, si desde ya me dan el título de “sherpa” porteador o destinado a un “middle-camp”, me quitan todo lo que me impulsa a ir, entonces prefiero quedarme.-

-Hay algo mucho más importante que tus ambiciones personales, el éxito de una empresa- argulle Bravo.

Nuevamente gritan todos al mismo tiempo discutiendo acaloradamente de pie, alrededor de la mesa.

Afortunadamente Bravo zanja la situación con una humorada, diciendo con un gesto de resignación:

-Basta muchachos, no divaguemos más, allá se verá, menos mal que la cumbre es lo suficientemente amplia como para que quepamos todos. –Nunca aprenderán- agrega por lo bajo.

A esta altura de los recuerdos ya estábamos al borde de la meseta y distingo a Bravo y Tató subiendo pesadamente hacia el Campamento 1, nos detenemos unos minutos para informarnos e interrogarnos mutuamente sobre las novedades. Luego proseguimos el descenso tropezando con los penitentes. Diez minutos después nos cruzamos con Dado y más tarde con Miguel, que forcejea bufando el laberinto helado.

-Hola, ¿llevan todo el equipo al 1? Pregunto

-No, quedan víveres aun en el depósito, tendremos que bajar con Dado a buscarlo y por desgracia habrá que atravesar de nuevo esta

Largo rato escuchamos las sonoras imprecaciones y los sordos porrazos de Miguel, mientras proseguimos el descenso.

A las 14 y 30 hs. estamos en el depósito de víveres, cargamos la parte que nos corresponde y dejamos el resto para que lo suban Miguel y Dado.

Por su parte la cordada Bravo-Bellomío ya tiene su carpa provista en el 1.

A media tarde estamos de regreso en el campamento. Este pequeño "pblado" consta ya de cuatro "viviendas". Junto a una peña nuestros compañeros están deliberando, dejamos la carga y nos unimos al grupo.

Pronto nos ponemos de acuerdo acerca de los movimientos y trabajos de los días venideros. En resumidas cuentas, será los siguiente: Mañana, día 15, partirán todas las cordadas para ir llevando aprovisionamientos al futuro Campamento 2, en el portezuelo y si se puede al borde del glaciar, menos Miguel y Dado que tienen que terminar sus lanzaderas del Base, al 1. En cuango a Ovejero, aun no está en condiciones de proseguir por no estar aclimatado.

A las 20 hs. todo el campamento está en silencio, hemos cenado y preparado el equipo para partir mañana al amanecer.

De la quebrada, sumida en espesa negrura, se eleva una triste canción alpina

"Sul refugio bianco di neve

Una luce palida appar"

Dia Domingo 15 de enero

-¡Mario! ¡Maldita sea, nos hemos dormido, son las 11 y 30, ya!

-¿Eh? ¿Qué, ya salieron los demás?

-Hace tres horas. Nos hemos dormido como marmotas.-

Nos vestimos apresuradamente y salimos fuera de la carpa. Hacia el collado avistamos a Bravo, Tató y Jorge, que ya están llegando a él y son a estas horas tres pequeños puntos que se mueven a los lejos, muy alto. Con rabia recuerdo que O.B. me despertó temprano, yo le dije que partan y nosotros los seguiríamos inmediatamente, pero me dormí de nuevo. Ahora debemos apurarnos.

Cargamos las mochilas y cuando iniciamos la marcha son las 12 hs. ya. Seguimos a paso vivo las huellas que dejaron nuestros amigos en los empinados acarreos de piedra fina que llevan al portezuelo.

A las 13 y 30 hs. Mario que va adelante, se detiene y me gruta: "No me gusta el rumbo que tomaron, propongo que sigamos derecho"

Efectivamente el grupo que nos precede se desvía muy a la izquierda del portezuelo y esto nos llama la atención pues tenemos grabadas aun las palabras del Sargento Molina (veterano gendarme conocedor de la zona), durante las recomendaciones que nos diera en Mendoza. "Llegando al portezuelo, no se entusiasmen, alcancen este primero y luego se dirigen a la izquierda, antes no, en caso contrario, no llegarán a la base del ventisquero". Es esto precisamente lo que hacen nuestros camaradas y a las 14 hs. los

perdemos de vista detrás de un enorme gendarme de piedra blancuzca. Por poco tiempo, pues cuando nosotros estábamos por llegar al collado, estos reaparecen tomando la dirección correcta.

En estos momentos, la marcha que iba decayendo por el cansancio y la altura, se intensifica. Sabíamos que desde allí veríamos un mundo nuevo, pues nuestro panorama limitado ahora al valle, se ampliará considerablemente. Casi a la carrera damos los últimos pasos hacia el portezuelo Ameghino. Largo rato nos quedamos allí descansando e impregnándonos de la belleza y grandiosidad que nos brinda en forma portentosa la Cordillera de los Andes. 500 metros arriba nuestro, Bravo y los demás hacen lo mismo y cuando estos reanudan la ascensión los seguimos. Ahora trepamos exactamente por el dorso del collado, entre grandes peñas que configuran un cordón rocoso que va a empalmar perpendicularmente con los altos murallones que parecen servir de contrafuertes al glaciar y que desde aquí nos priva de la vista de este y de la cumbre. Luego de una hora de marcha los alcanzamos. Se han detenido y están sacando de sus mochilas lo porteado y acomodándolas bajo unas rocas. Ya es media tarde, hora prudente para emprender el descenso, por lo cual se juzgó conveniente hacer allí, si no el Campamento 2, al menos un 2º depósito provisorio de víveres e implementos, es un punto situado a unos 1.000 m. aproximadamente de los farallones mencionados. Detrás de ellos ya está el glaciar y observamos sus cascadas de hielo, que rebasan su creta y las lenguas de nieve que se cuelan por sus partes con más declives. Precisamente una de estas nos llama la atención y nos parece ser una puerta de entrada hacia el ventisquero. Comentamos esto, concordando en que puede ser un sitio apropiado para el futuro campamento.

Bravo, Jorge y Tató, emprenden un rápido descenso mientras nosotros terminamos de acomodar nuestras provisiones, bajo la roca, protegidas por un saco impermeable y aseguradas contra el viento con piedras.

A pesar de la fuerte insolación la temperatura se mantiene baja (-6º). Son las 17 hs. cuando seguimos los pasos de nuestros compañeros hacia abajo. Llego al campamento conjuntamente con Miguel y Dado que regresaban del Campamento Base, con más víveres. Poco después arriba Mario, baja lentamente pues el pequeño malestar que sentía en el portezuelo se transformó en una fuerte cefalea que se agudiza al menor movimiento. Pienso que es debido al rápido descenso y cambio de presión, por lo tanto, toma un calmante y se acuesta, mientras preparo un té con limón.

Poco después nos reunimos todos, menos Mario y Ovejero en el cotidiano "consejo de guerra", amontonados en la carpa de Bravo, que con capacidad (teórica) para tres personas, alberga ahora seis comensales alrededor de la pava con agua hirviendo para el mate. Bravo hace un resumen de la situación:

-Me llama poderosamente la atención que el Aconcagua se mantenga tranquilo, desde hace ya una semana, tenemos que actuar rápidamente y aprovechar esta oportunidad. Todas las cordadas están con sus abastecimientos aquí, pues bien, mañana las cordadas de asalto deberán armar carpas en el posible sitio avistado hoy, el resto lo ocupará recién cuando los primeros hayan proseguido la marcha por el hielo y esperarán allí su regreso, se detiene un momento mientras sorbe el mate que le alcanza Miguel. Nos quedamos en silencio.

Comunico a los demás que Mario está mal y que no podrá seguir si no mejora.

-Lo mismo que Ovejero-agrega Jorge

-Yo me quedo con ellos-dice Miguel sorpresivamente detrás de la nube de humo que despide su habano y como nos quedamos en silencio explica su decisión.

-Yo ya he medido mis fuerzas y las del Aconcagua, no me tengo fe y para ser franco . . .

Lo interrumpo antes que exteriorice su ya conocido pesimismo.

-De acuerdo, esto no evita el mentado dilema y solo resta re-distribuir ya mismo las cordadas. Sugiero lo siguiente: Miguel, Mario y Ovejero se quedan con dos carpas de apoyo, Jorge pasa a la mía y proseguimos.

-¡Eh! ¿Y yo?, exclama Dado, angustiado.

-Tú te vienes con Tató y conmigo ¿de acuerdo? - dice Bravo.

La velada termina con una furiosa partida de truco.

Ya de noche vuelvo a mi carpa. Mario no puede conciliar el sueño y se queja. Está irascible y protesta al menor ruido o roce, le alcanzo un comprimido para que pueda dormir y moviéndose con cuidado en reducido espacio para no hacerlo sufrir, me introduzco en la carpa.

Estaba por ponerlo al tanto de lo decidido, buscando la forma de decírselo, cuando incorporándose a media y con voz cansada y triste me dijo lo que trato de transcribir.

-No hay caso Quique, no podré seguir, me siento muy mal, que venga Jorge contigo y sigan Uds. . . .Tienen que hacerlo . . . Me hubiese gustado mucho seguir con vos, otra vez será . . .

Se calló y sentí que sorbía largos tragos de la cantimplora. En la obscuridad no veía su rostro, pero lo adivinaba con lágrimas en los ojos.

-Separá nomás el equipo común que queda aquí y lo que te llevás- continuó, sacó del botiquín los comprimidos de Reniacel, pues debe hacer mucho frío arriba . . . Decile a Jorge que yo me quedo con su calentador. Uds. sigan con Primus, es más efectivo. Si sube alguien al portezuelo, decile que me traiga los grampones y demás cosas que subí hoy, ya no hacen falta allá . . .

Así prosiguió largo rato con voz cada vez más tenue y gangosa, bajo el efecto del soporífero, se calló con un murmullo. Yo tenía un nudo en la garganta y no atiné siquiera a animarlo.

No podía pegar los ojos a pesar del cansancio que tenía, mil recuerdos me asaltaban, los preparativos frenéticos allá en Tucumán, los proyectos forjados a fuerza de privaciones y sacrificios, ilusiones, todo se estrella para Mario contra la mole del Aconcagua. Me abrigo y salgo nuevamente fuera de la tienda.

En la densa obscuridad solo veo la débil luminosidad de mi cigarrillo, el silencio y la soledad me estremecen.

Día Lunes 16 de enero

El incesante batir de la carpa me mantiene intranquilo toda la noche, y nuestra débil tienda sumergida en la fosa que cavamos se infla y bufa como un escuerzo. Se escuchan los extraños lamentos y bramidos que el ventarrón arranca de las descomunales murallas de roca que tenemos a nuestro lado, como si fueran gigantescos órganos de piedra.

Me despierto paulatinamente, la boca pastosa y la lona de la carpa chapoteando sobre mis narices, me hacen tomar poco a poco conciencia del lugar en el que me encuentro y lo que estoy haciendo en él. Siempre al despertarme, después de una incómoda noche en las alturas, me invade el mismo malhumor inexplicable, un pesimismo perezoso que me hace añorar las tibias dulzuras de la vida ciudadana, retumbando en mi mente abotagada las protestas y quejas del organismo maltratado. ¿Marchar, subir? ¡Qué tedio! ¿Para qué? ¿a dónde?

Afuera el campamento vive, escucho sus voces, ganar altura . . . Campamento 2 . . . Bravo pide a gritos la lata de manteca . . . ¡cajón Nº6! Responden.

A gatas salgo afuera a través de la reducida abertura que hace de puerta de la carpa, restregándome los ojos lacrimosos y sonando estrepitosamente mis narices congestionadas. Tató y Bravo ya parten, el viento los sacude. Jorge sale de su tienda y se me acerca con un jarro de mate humeando y sin colar que bebo a pequeños sorbos.

-¿Qué te parece?, interroga, ¿Salimos nosotros también? Por mi lado este viento no me gusta mucho.

-A mí no me gustaría retrasarme, preparemos las cosas, decido.

De inmediato comienzo a extraer mis prendas del interior de la carpa. Mario está adentro todavía, me las alcanza, medias, guantes, latas . . . Me interrumpe un grito de Jorge que me advierte que mi colchón de goma pluma levanto vuelo. A los tumbos corro en pos del fugitivo y así 5, 10 minutos, el colchoncito y yo detrás, rebotando en las piedras, en viento en popa y quebrada abajo. Llegamos al balcón, demasiado tarde, ya está flameando en lo hondo del valle Relinchos, solo me resta imprecuar y regresar arrastrando la moral. Lo único que me alejaría del frío y la humedad sobre los hielos del ventisquero sería ese trozo de goma y ahora . . .

Jorge me mira con cara de pena y tácitamente decidimos postergar nuestra partida. Hacia el collado dos pequeñas figuras sangoloteadas por el viento parecen trepar torpemente.

Mario me llama para el desayuno y al introducirme en la carpa aplasto las duras galletas con dulce y manteca preparadas cuidadosamente por mi camarada. Más imprecaciones.

-¿Se quedan hoy? Pregunta Mario

-Si

-¿Necesitarás mi colchoncito?

Día martes 17 de enero

Cesó el viento, las carpas se desinflan y el órgano se calló. Con esto renace el empuje en todos nosotros. ¡Hasta Miguel está optimista y Ovejero asomó su cara somnolienta fuera de la carpa, después de varios días!

A las 9 hs. estamos todos en marcha hacia el Campamento 2, Jorge y yo con todo el equipo para el hielo. Dado para unirse a la cordada que ya está arriba y los demás ayudando a portear los abastecimientos y materiales, como así también para observar desde arriba el Ameghino. Si después de tentar el Aconcagua queda tiempo, este grupo de apoyo podría hacer lo propio con este “premio consuelo”, como lo llama con sorna Miguel.

Los resoplidos se acompañan al ritmo plañidero de una zamba tucumana y el paso se vuelve constante. El cielo del Aconcagua, deslumbrante y limpio, sonrío y nos impele hacia arriba, hacia él.

Vienen a mi memoria, con asombro, los dramáticos relatos sobre diversas ascensiones por estas zonas.

“Estamos a los 5.500 m. de altura, la cabeza parece querer estallar por nuestras sienas que retumban a cada paso. La atmósfera enrarecida pesa y nos oprime el pecho, de nuestras bocas resecas” . . .

Durante un breve descanso comentamos estos recuerdos con mis compañeros. Miguel sonrío y soplando con un gesto de sorna el humo del cigarrillo que circula de boca en boca, afirma:

-Bah!, Exageran, es tan fácil como pasear por la Vía Blanca, con la sola diferencia de que, en vez de recrear mi vista con las gráciles curvas femeninas, tengo delante de mí las caras peludas y mugrientas de Uds.

Ovejero devora con ojos asombrados el panorama, desde que se enteró que pasamos los 5.500 m. Dado obtura cuidadosamente un agujero de su saco Duvet de fabricación casera, por el cual escapan algunas plumas de gallina, que ruedan hacia abajo, arrastradas por la suave brisa.

Retomamos la ascensión y a las 17 hs. Pasamos por el depósito de víveres. Más adelante tenemos el sitio avistado para el campamento. Trepamos hacia él y desde lejos vemos una figura que hace señales. Desde ayer está instalada en este lugar la carpa de nuestros compañeros, que nos reciben con ademanes de alegría y alivio, pues estaban preocupados por nuestra inactividad de la víspera.

El sitio en el cual nos hallamos todos reunidos ahora, merece un breve comentario, pues es, sin lugar a dudas, el sumun que puede pedir un andinista como lugar para campamento. A los 5.700 m. un verdadero nido de cóndores, un estrecho balcón adosado a una muralla de piedra con incrustaciones que nos protegía del viento por tres costados a dos metros del hielo, que nos proveerá de abundante material para fundir y hacer agua, amén de un panorama indescrptible por su grandiosidad.

Antes de regresar Mario y Ovejero, Miguel, nos hacen posar para unas fotos “póstumas” y se despiden con bromas no muy agoreras. Como lo confesó a nuestro regreso estaba convencido de que no podríamos escalar el glaciar o repetir la ruta de los Polacos. Previamente les indico que deberán regresar a es campamento pasado mañana, una vez que lo desocupemos, primero Bravo, Bellomío y Liebich y luego Jorge y yo el día 18.

Apenas se retiran nuestros compañeros del grupo de apoyo, nos ponemos en la faena de preparar el campo, como para soportar varios días, una semana o más, en caso de que el Aconcagua “no ceda”. Para esto aseguramos las carpas y en un hueco en la roca acondicionamos una despensa abundantemente provista de comestibles, latas de combustible, sogas, palas, clavos de hielo, etc. etc. En una palabra, un campamento de altura con todas las de la ley, correctamente emplazado y equipado.

Finalizados estos trabajos y mientras Jorge se dedica a la tarea se dedica a las tareas culinarias, yo me zambullo en la Panticalla de Bravo, para completar las “pernas” para un “cuarto” al truco, que solo interrumpo cuando entra mi compañero de cordada, con una marmita repleta con fideos a la manteca.

Día Miércoles 18 de enero

Desde este momento correrán dos relatos paralelos, o sea, los correspondientes a las dos cordadas que partirán en busca de la cumbre por distintos caminos, pues cada uno a vivido en forma diferente, pero igualmente intensa, estos inolvidables días sobre el glaciar de la faz Oriental del Aconcagua.

La jornada nació despejada, aunque helada como todos los días en esta altura, durante los cuales la columna mercurial se mantuvo constantemente debajo del cero. A las 8 hs. estoy fuera de la bolsa-cama, observando los nerviosos preparativos de mis tres compañeros.

Bravo parece un sargento alemán, dando órdenes a Dado y Tató, este último como un estudiante en “capilla” antes de un examen, trabaja con premura y dedicación, Dado se mueve con la calma y pachorra de siempre. Los tres se desplazan en medio de un mar de latas, paquete y prendas diseminadas en el suelo y que poco a poco son deglutidas por las tres mochilas, puestas ya sobre el borde de la nieve, que será nuestra puerta de entrada al glaciar.

A las 10 hs. Tató está aprendiendo a colocarse los grampones, cosa que hace por primera vez en su vida. Cuando hace su debut sobre la nieve dura, no podemos contener la risa. Parece un bebé que da sus primeros pasos solo, tambaleando, con las piernas separadas y los ojos, muy abiertos, fijos en el suelo resbaloso, Bravo sacude la cabeza. Dado parece un salame, tratando de atarse la soga al cuerpo y el nudo de seguridad le pende del cuello, como una corbata. Por fin nos despedimos emocionados y desaparecen pronto en un recado. Más adelante se sabrá lo fue de ellos en esta increíble aventura.

Mientras los veo alejarse me quedo pensativo y por más que quiero ser optimista, el balance de posibilidades pesa mucho más del lado “dificultades”, que todos nuestros rubros juntos, “equipo”, “técnica”, “experiencia”, etc.

Jorge siempre expeditivo, ya está haciendo bramar la marmita de arroz con leche, pues se implantó ya su doctrina en nuestra carpa, y el dicho “comer para vivir y no vivir para comer”, lo suplantamos para “comer para subir, se no comes, ni subes ni bajas”.

A las 9 y 15 hs. las cucharas y cacerolas pasan a cuarto intermedio y calzando los grampones nos dirigimos hacia el glaciar para observar que hacen nuestros compañeros y a estudiar la ruta que seguiremos nosotros. Trepamos rápidamente por la lengua de nieve hasta que nos damos con sorpresa de esta se acaba bruscamente en el filo de una morrena, y resultó no ser más que un manchón de nieve aislado del glaciar. Se, el glaciar ¡allí estaba nuestro glaciar! Imponente en su grandeza, quemando los ojos con su resplandor y helándonos con su dureza y blancura de hielo mil veces centenario.

Nos esforzamos buscando a nuestros compañeros, sobre el extenso telón que se despliega ante nuestra mirada asombrada, los localizamos hacia la margen izquierda y a menos de un tercio de su altura. Un escalofrío me recorre la espalda, son apenas tres puntos insignificantes, resaltando en el manto glaciario, como tres insectos que se mueven pesadamente. Largo rato observamos sus movimientos y deducimos que van en busca de lugar para acampar, pues se dirigen hacia la margen izquierda, por donde baja un borde rocoso.

Recuperados del sobrecogimiento que nos produjo la brutal desproporción hombre-naturaleza y la contemplación del fabuloso espectáculo, nos ponemos a analizar el glaciar. Comenzando por su base, que tiene una pendiente moderada y paulatinamente escarpada, nos llama poderosamente la atención su flanco derecho, este se despeña directamente al vacío en una especie de embudo gigantesco en el cual se observa el espesor de la capa de hielo de unos 20 a 40 j. El resto está cruzado, a veces en toda su anchura de 1 km y medio aproximadamente, por grietas que nos muestran sus labios superiores prominentes. Más arriba, extensas zonas están sembradas de seracs y cascadas de hielo cristalino y en otras, amplios campos de penitentes rizan su superficie.

-¡Caramba!, exclama Jorge, mientras contemplamos con desconfianza el abismo que se precipita verticalmente un millar de metros hasta el fondo del Valle de Relinchos, sumido ahora en las sombras del Aconcagua.

-No me hace mucha gracia caminar encima de eso- comunico a Jorge sin sacar la vista del mencionado “embudo”, cuyo fondo bruscamente se ennegrece pues el sol poniente desaparece ya detrás de la cabeza del Padre de los Andes.

-Trataremos de evitarlo, abordando el glaciar un poco a nuestra derecha y luego haremos una travesía hacia ese gran murallón en cuya base, creo, habrá lugar para la carpa- responde mi compañero señalando el trayecto con amplio movimiento de su índice.

Poco más tarde volvemos sobre nuestros pasos, mirando a cada rato los tres puntitos negros que aún, se mueven en fila reptando como un minúsculo gusanito, cada vez más cerca de la margen rocosa del ventisquero.

Nuestros grampones abriendo largos surcos en la nieve nos llevan rápidamente a nuestro campamento, sumido en la penumbra. Jorge está silencioso que nunca, por mi parte tampoco quiero aventurar un comentario sobre lo visto. Libreta y lápiz en mano repasa escrupulosamente la lista de víveres y equipo para llevar mañana y cuando nuestras miradas se encuentran, rápidamente decimos algo.

-¿Llevamos queso? ¿Cuántos clavos tenemos? - Sin pensar ni en queso, ni en clavos, pues el escenario de la gran aventura que emprenderemos nos abarca hasta el último resquicio de conciencia en nuestras mentes. Nos sentimos como chicos traviesos planeando una felonía. ¿Qué sucederá?

Terminados los preparativos nos zambullimos en las bolsas-camas, tratando de acomodar sendas osamentas en el reducido lecho del colchón que compartimos desde la pérdida del mío. Apagamos las velas y al fin un comentario se hace inevitable.

-Y ¿qué te pareció Quique?

Un tímido ¡Fácil!, bastante fuera de lugar, queda vibrando en la atmósfera. Solo se escucha el murmullo de las mandíbulas triturando pasas de uva y los soplidos escupiendo semillitas.

-Otra vez comprarás pasas de uva sin semillas- Acota Jorge, dando por finalizada la “conversación”.

Me duermo soñando con un gran glaciar sin grietas, ni “embudos”, muy liso y horizontal. Jorge con futas sin semillas, supongo.

Día Jueves 19 de enero

En este día nos lanzamos nosotros en busca de la cumbre. Veo en mi libreta las anotaciones diarias que hice durante el desarrollo de nuestra empresa.

“Salimos del Campamento 2, a las 9,30 hs., abordamos el glaciar a las 12,40 hs. instalamos el 3 a los 6.300m. a las 17,30 hs. Tiempo frío, nevando ligeramente, nubes y viento blanco en la cumbre”.

¡Somera descripción de momentos tan brusca e intensamente vividos, a un ritmo que se vuelve frenético! Tan pocas palabras que ni siquiera dejan entrever la desigual lucha contra la naturaleza, emprendida por un espíritu y pasión por la aventura, y que mueven nuestros cuerpos mucho más allá de lo que sugieren los cánones de la Fisiología y la apreciación material de nuestras fuerzas humanas.

Nos propusimos como dogma el emprender este relato, contar lo sucedido y transcribir lo que experimentamos. Ahora, lejos de la montaña, dejamos en estas páginas los hermosos recuerdos que, como únicos resabios, nos quedan de tan duros y emocionantes momentos de nuestra ascensión. Dejamos solo y exclusivamente eso. Tarea fácil por otro lado, pues el mismo tiempo. Como un crisol, separa las angustias y tristezas, dejando lo grande, lo hermoso.

En alas de este propósito, dejemos de lado los momentos amargos, que traducidos en palabras escritas, configurarían un aspecto dramático del relato, cosa que tratamos de evitar.

Así, circunstancias que nos estremecían de temor y que nos aferraban con desesperación a la vida, serán ahora relatos, a veces quijotescos de lo pasado, las más de las veces fríos en la pluma de un neófito en el arte de transmitir emociones.

Volvamos a la ascensión. Hemos allí a los pies del glaciar, dando los primeros pasos en su superficie helada. Unidos ya por la soga que se arrolla en nuestros torsos y que desde estos momentos será el símbolo, como ya lo dijera alguien en otra oportunidad, de la unidad insoluble de nuestra cordada. Así ascendemos lentamente Jorge Schweimer y yo detrás, unidos por ese nervio de cáñamo que unifica nuestros anhelos y parece transmitir el cansancio y el temor, las alegrías y esperanzas de esa persona, que se nos unió con el vínculo de la amistad, virtud que llega a sus tonos más sublimes en ese para, abocados en la solitaria lucha en la montaña.

Subíamos clavando con fuerza nuestra piqueta y nuestras púas de acero de los calzados, haciendo un gran rodeo, evitando pasar sobre el embudo que tanto nos impresionara la víspera, como si fuera la misma peste.

A la otra cordada no la vimos aparecer sobre el glaciar. Habíamos escalado justamente por el centro de la masa de hielo, durante una hora más o menos, cuando nos encontramos al comienzo de una escalera de cascadas de hielo cristalino, duro como la roca. Trepamos penosamente un escalón, luego otro y otro, cada uno de diez o más metros de altura y nos cansamos demasiado, pues las puntas de los grampones apenas penetran unos milímetros en el hielo, que cruje sólidamente bajo las furiosas patadas y los golpes de la piqueta, tallando pequeños huecos donde poner los pies. Jorge se detiene, estamos agotados y apenas subimos 70 u 80 m. de altura.

-Esto no progresa Quique, prefiero cruzar a la izquierda, aunque pasemos encima del margen cortado a pique, por aquella canaleta con nieve iremos mucho más rápido. Son las 14 hs. cuando cambiamos de rumbo, faldeando hacia el Sur.

No habíamos caminado 10 minutos cuando llegamos a un paso problemático, me detengo mientras Jorge talla a piqueteadas unos escalones en la empinada pendiente.

-¡Asegurame! Grita, entonces yo me aferro con todas mis fuerzas a la pared de hielo. De pronto siento que el terreno cede bajo mi pie izquierdo, desplazo mi peso y la carga sobre el derecho, mientras doy frenéticos piquetazos, tratando de cavar un nicho donde posar el pie que araña la dura superficie, tratando de morder el hielo. Prevengo a viva voz a Jorge pare ya es tarde, me desprendo y resbalo hacia abajo. Un sacudón de la soga me detiene, una fracción de segundo y luego prosigo la vertiginosa caída. Ahora arrastro a Jorge que viene a los tumbos a mi costado, tratando de clavar su piqueta que deja detrás de él un surco. Me aterra la vista del "embudo". 100 j. abajo, pero no estaba escrito que llegaríamos a tan desgraciado extremo, como es lógico deducir pues estoy ahora relatando este susto mayúsculo. Una pequeña grieta, no más ancha que un pie, nos sirvió de tabla salvadora y nos impactamos en ella como postes. La tensión nerviosa se libera entonces y nos dejamos caer sobre el hielo como sacos vacíos. No hacemos comentarios, por otra parte, dudo que hubiéramos podido hablar, tengo un nudo en la garganta y el corazón parecía bailar un malambo dentro del pecho.

Nos recuperamos poco a poco y sacando una lata de atún de su mochila, Jorge esboza una pálida sonrisa.

-Esto merece una comida- saca de tu mochila dos tortillas.

Posando mi vista por la faz del glaciar, me parece ver hacia la otra margen un punto que se desplaza algo. Sí, es uno de los nuestros, que están haciendo señales con los brazos, pero a la distancia no escuchamos sus voces.

Con asombro vemos que están a la misma altura que ayer tarde. Hacemos conjeturas, ¿Tendrán inconvenientes? Sin embargo, parece que no nos necesitan y nos parece que nos indican seguir.

A las 17 hs. ya estamos alcanzando la margen derecha del glaciar a la altura de la muralla que surge del mismo y que ya prefijáramos como lugar para campamento. Esto es posiblemente el mismo sitio que utilizaran Ostrowski y sus compañeros polacos hace 27 años. Debajo nuestro, pasan rápidamente nubarrones oscuros que remolinean amenazadoramente en el abismo que tenemos a nuestro pies, y de la cima del Aconcagua, se levanta un velo de nieve arrastrada por el viento, es el temido “viento blanco” de los Andes.

Nos separamos para buscar un resquicio donde plantar la carpa y poco después escucho a Jorge me llama.

-¡Aquí hay sitio Quique!

- A cavar entonces, que esto se está echando a perder- contesto señalando los nubarrones que suben ahora encima nuestro.

- Esto no me preocupa tanto, lo de arriba es más grave, mientras se quede allí no más . . .murmura Jorge, mientras emparejamos el terreno helado a piquetazos. Trabajo agotador en estas alturas y que terminamos recién dos horas más tarde.

Comienza a nevar suavemente, cuando asegurada ya la carpa con clavos para cada lado, enterrados en el hielo, nos introducimos en ella apresuradamente.

Encendemos el Primus y nuestro optimismo se acrecienta a medida que engullimos las salchichas que bailan en la marmita junto a un aromático guiso. Finalizada la comida, Jorge se limpia la salda de la barba y acariciando mundanamente su barriga exclama:

¡Estamos bien! ¿Eh?

Yo lo asevero, saboreando ruidosamente un té grasiento y con ligero gusto al guiso anterior, pues la limpieza de la “vajilla” es problemática, donde obtener un litro de agua nos lleva horas para derretir un enorme montón de nieve. Además, con el frío que hace afuera, solo dejamos la tibieza de la carpa por necesidades muy imperiosas. El termómetro marca -14º.

Cuando el frío se hace sentir de esa forma, dormir es un poco incómodo, pues todo lo que no se debe congelar, es introducido dentro de la estrecha bolsa-cama, junto a nuestros cuerpos: cantimploras con agua, botines, medias, cámaras fotográficas, etc.

Intermitentemente caen piedras que se desprenden de la pared a cuyos pies estamos acampados y resuena el ruido sordo que producen en la nieve al caer. El glaciar pareciera protestar con sus crujidos y gorgoteos subterráneos. A pesar de este, el silencio es casi absoluto y el sueño termina imponiéndose en las de un cansancio enorme producido por la relajación muscular y nerviosa, después de un día de dura faena.

Nos adormecemos apretujando nuestros cuerpos y en el silencio dominante, escuchamos largo rato nuestras respiraciones agitadas. Un sueño intranquilo del cual me despierto varias veces, susurrando: el embudo, el embudo. . .

Día Viernes 20 de enero

-Jorge . . . ¡Jorge! ¿Qué hora es?

-¿Qué? . . . ah, si, las 7 y 30. ¿hay agua?

-No, se congeló, derretiré un poco de nieve, mientras tu abres es lata, ¿Cómo te sientes?

-Bien y ¿tú?

-Con suficiente ánimo para seguir- ¿Qué altura crees que estamos?

-Entre los 6.200 y 6.300 m.

-Siendo así, aún tenemos por delante 700 u 800 m. en altura, hasta la cumbre, demasiado para un solo día

-Si, es demasiado ¿Dónde está el azúcar?

-A tus pies, a la derecha.

-Creo conveniente poner otro campamento más alto, ¿qué opinas?

-Sería lo ideal, pero . . . ¿encontraremos sitio?, no me gustaría vivaquear con este frío.

-En la grieta que está cerca del filo hay una roca y el glaciar allí es accidentado, creo que habrá algún hueco para esta carpa.

-Sigamos con todo entonces, pero debemos apurarnos, nos estamos desgastando mucho a esta altura.

Así, parcamente decidimos de común acuerdo lo que hay que hacer, nos movemos y trabajamos en silencio, midiendo nuestros ademanes, avaros de energía, conscientes de que solo ello puede llevarnos a la cima, o regresar.

Vivo casi primitivamente limitado a mi yo, a mi cuerpo, al medio que nos amenaza y a mi compañero. Solo sé que tengo frío, que demoré comer, que me duele aquí o que el hielo sube, que el hielo baja o que el hielo corta . . .

Soy consciente de que existo aquí, de nada ni nadie más y así como todas nuestras fuerzas físicas convergen hacia un objetivo, sin dilapidarse en nada que no sea absolutamente necesario a ese fin, así toda nuestra potencia mental sobreexcitada, todos nuestros sentidos agudizados, se canalizan en todo lo que haga llegar mi cuerpo donde se propuso mi espíritu.

A veces nuestra imaginación vuela más lejos, ya retrocede en el tiempo o ya regresa en alas de un recuerdo, pero solo un instante, solo un segundo, pues la naturaleza, inflexible nos llama, exigiendo de nosotros, todo, todo, para sobrevivir a todo, para gozar de su grandiosa belleza.

Así iniciamos un nuevo día en la montaña. No hay casi transición entre sueño y vigilia. Despertamos casi asombrados de que hayamos dejado unas horas nuestro cuerpo inerte y nuestro espíritu inconsciente, entonces nos polarizamos nuevamente con pasión, aferrándonos a la vida animal, como nuestros grampones muerden el hielo de las pendientes heladas.

Automáticamente comienzo a vestirme dentro de la carpa, mientras Jorge recoge sus cosas y las acomoda en la mochila, luego se equipa él y yo hago lo propio con las mías. Así lo establecimos para no molestarnos mutuamente en el minúsculo ambiente de 2x1m. tenemos para nuestros cuerpos y equipo, como también establecimos que yo salga primero, luego las mochilas y por último Jorge. En un santiamén, la carpa está derrumbada, doblada e introducida en la mochila.

Solo entonces nos tenemos un momento, regalándonos con el paisaje embelesador que nos rodea. Este es uno de los momentos a los cuales hice mención más arriba, pero ya sabemos también que algo nos volverá a la realidad, de algo se vale la madre Natura, para obligarnos a la lucha que emprendimos contra ella, en pos de los tesoros que encierra. Ya sea nuestros ojos heridos por el brillo deslumbrante de la nieve, que nos hace acudir a las antiparras oscuras, ya sea un resbalón en el hielo que nos hace herrar nuestros pies con los agudos grampones.

-¿Listo?, pregunta Jorge, anudándose la soga de seguridad.

Coloco mi carga a las espaldas y respondo dando los primeros pasos hacia el medio del ventisquero. Del Campamento , solo queda un rectángulo de nieve aplastada, donde estuvo la carpa un envase de leche condensada, vacío. Son las 10 y 20 hs.

Contorneando la muralla de roca, llegamos a una pendiente de nieve endurecida, que pareciera llevarnos hasta la misma cumbre, pues se pierde en vacío celeste del cielo, hasta donde alcanza nuestra vista, tiene unos 50º de inclinación y la tomamos de frente. Jorge adelante, clavando sus pies hasta los tobillos, asciende afirmado en la piqueta: 1, 2, 3 . . . 10 escalones. Un alto, llevo a él pisando los huecos que dejan sus pasos, prosigue mi compañero, así durante una, dos horas. Luego la pendiente se horizontaliza en una curva suave.

Mirando atrás, las huellas se me antojan una escalera que pende hacia el vacío. Un frío me recorre la espalda, pero no es el frío que viene del ambiente helado que nos rodea, es el que viene de muy adentro y que me hace crispas sobre la piqueta, clavándola con saña en el hielo. Pequeñas esquirlas de hielo que desprende Jorge vuelan hacia abajo y me golpean la cara y no molestan. Paso adelante, trepamos con prisa y sin descanso, desde hace 4 hs.

Aquí el glaciar no tiene más de 40º de pendiente hasta unos 400 j. delante nuestro, como un rellano en una escalera, antes de elevarse bruscamente sobre una larga grieta que surca el glaciar a todo su ancho. ¿Será la famosa “gran grieta de los polacos”?

Esta parte menos abrupta que tenemos ahora bajo nuestros pasos es muy accidentada, sembrada de séracs y campos de penitentes, inspira poca confianza, sospechamos que ha de estar sembrada de grietas ocultas por la nieve acumulada. Nos detenemos y nos sentamos en el hielo buscando algo para comer, en las mochilas. Jorge se incorpora de repente y grita señalando hacia la derecha.

-¡Son ellos, allá van!

Efectivamente, a menos de 1 km. de distancia y a nuestra misma altura, distingo resaltando en la blancura del glaciar, tres pequeñas figuras humanas, únicos por la cuerda y trepando rápidamente. Les gritamos para llamar la atención. Nos responden con movimiento de brazos.

-Caramba, ¡Parece que llevan apuro . . .! ¡Y van sin mochilas!, comenta Jorge.

-¡Eh! ¡A donde van!, me desgañito gritando y me escuchan, pues el primero de la cuerda se detiene, señalando hacia arriba con la piqueta.

-¡A la cumbre!, contesta. Es Bravo.

-¿Y el equipo?

-¡Quedó abajo, no podemos seguir con los campamentos, tenemos las carpa destrozada!

-Ya es muy tarde y falta mucho!, les advierto.

Parecen no escucharme, pues ya retoman la escalada. Trepando con increíble rapidez.

Jorge consulta su reloj. Mira hacia la cumbre del Aconcagua y menea la cabeza.

-Son las 14 y 30. Prosigamos con nuestro almuerzo, que el “viejo”, sabrá lo que quiere hacer, comenta mi impasible compañero entre tres o cuatro mordiscos a un trozo de queso. Lo imito sorbiendo unos reparadores tragos de naranjada que trajimos preparada en la cantimplora.

El sol cae como plomo derretido a través de la atmósfera inmaculada y se refleja en cada cristalito de nieve y hielo, dando una luminosidad enceguecedora. Sentimos nuestro pellejo reseco y ardiente. A pesar de esto nuestros cuerpos se van enfriando paulatinamente, por falta de movimiento (salvo los maxilares, por supuesto)

-Continuemos Jorge que nos helamos, propongo.

-Un momento, termino este picadillo y seguimos.

Desconfiando yo, pongo a salvo una lata de salchichas que me parece expuesta a la voracidad de mi compañero y cierro las mochilas.

-Ahora, si se puede caminar, dice Jorge, incorporándose y lamiendo de su cortaplumas unos restos de picadillo.

-¡Adelante nomás, que te sigo!, agrega.

La marcha se hace lentísima, por los malos ratos que nos depara el terreno. Camino con la piqueta adelante, clavándola profundamente a cada paso que doy, tratando de sondear las grietas. A veces esta se hunde hasta el pico y no toca fondo, retrocedemos entonces, buscando otro sitio más sólido, o si no lo pasamos a gatas, con mucha precaución, mientras el compañero de cuerda va "dando" sogas, poco a poco.

En una de estas estábamos cuando sentí con angustia que cedía la nieve y mis grampones arañaban el vacío, en un hueco infructuoso, cuyas tonalidades verdes oscuras, indicaban que no había fondo allí.

-Caramba, amigo ¿Qué pensabas encontrar allí abajo?, bromea Jorge, tirando de la soga, en el otro extremo que yo manoteo como un pez recién cobrado.

No me cae en gracia el chiste y vuelvo sobre mis pasos sacudiéndome la nieve con rabia.

Son las 16 hs. y Bravo, Dado y Tató, ya están llegando al filo del glaciar, nosotros nos dirigimos en línea recta, mientras las caprichosas grietas lo permiten, hacia la peña que tenemos arriba nuestro, intuyendo un lugar donde plantar campamento.

Tal cual lo pensamos, entre la gran roca y el labio inferior de la grieta, queda una especie de profunda bañera, de cuyo hallazgo nos alegramos y felicitamos mutuamente, dentro de los discretos límites de efusividad de mi hermano compañero.

Sin pérdida de tiempo, esta baja al fondo y va apisonando los trozos de hielo y nieve, que yo arrojo a patadas, desde arriba. Me invade una curiosa sensación de euforia y no resisto la tentación de arrojar sobre Jorge un gran penitente de nieve blanda, este se desmenuza contra su cabeza y cae a su lado en una lluvia de harina.

Mi compañero me mira con ojos desmesurados, mientras yo río desafortadamente

-¿Te has vuelto loco?, pregunta casi apiadándose de mí.

-No, se me ocurrió, nomás.

-Si no estás loco te mereces una pateadura, por tu broma, me dejaste mareado.

Ensayo una excusa y nos ponemos a trabajar en silencio. Acuden a mi memoria algo leído no recuerdo donde. "La anoxia se manifiesta a veces por signos psíquicos, exaltación, etc.. ."

Una vez dentro de la carpa y mientras hiervo el agua para la sopa, comentamos el incidente.

-No me extraña que “funciones mal”, con una presión menos de la mitad de lo normal para nosotros y por lo tanto con oxígeno, menor del que estamos acostumbrados a consumir, es lógico que algunas conexiones de la cabeza, entren en “cortocircuito”, opina Jorge.

Yo me río nuevamente a carcajadas.

-¡Eh! ¡No te digo estás loco, yo estoy hablando seriamente!, exclama ofendido.

Me cuesta trabajo explicar al bueno de Jorge que no me río de lo que dijo, sino que, mientras él hablaba, estaba ocupado en ponerse crema en su cara quemada por el frío y el sol. Abriendo el pote y pasándose cuidadosamente sus dedos por el rostro. ¡pero sin haberlos untado previamente en la crema!

-¡Es verdad!, se asombra Jorge. Algo tenemos desconectado. Ahora nos reímos los dos.

El sol ya desapareció y la temperatura amenaza con pasar los -20º. Después de comer nos apresuramos a cambiarnos las medias húmedas por varios pares de medias secas. Los cuerpos tardan en entibiar el interior de las bolsas-camas, de las cuales solo emergen nuestras maltrechas narices, costrosas y quemadas por la reverberación solar. El calentador permanentemente funcionando, hace más pasadera la atmósfera de la carpa.

Preocupados recordamos entonces a nuestros compañeros que vimos desaparecer en pos del Aconcagua. A pesar de que no sabemos a cuantas horas se puede encontrar esta, de todas formas, si la alcanzan, deberán regresar de noche. Me angustia solo el pensar en una desventura.

Obscurece y el Primus, sin nafta ya da sus últimos resoplidos y se enmudece.

Me llama la atención entonces un dedo de la mano derecha que me molesta y no entra en calor, como el resto del cuerpo. Sacándome los guantes, veo con sorpresa que está hinchado y oscuro. Cargo el calentador y pongo un jarro de agua a calentar, sumergiendo en ella el dedo comprometido.

Así pasé toda la noche en vela, sentado en la carpa, con el dedo en remojo tibio y chupando caramelos para quitarme el gusto desagradable de la boca.

Mil veces retiré y pues el jarro en el fuego, mil veces miré la hora. El tiempo pareciera haberse detenido. Jorge respira con dificultad y se revuelve inquieto en su saco, muchas veces despierta y pregunta.

-¿Qué hora es?, ¿Cómo va el dedo?, ¿Escuchaste bajar a los demás?, para luego aspirar profundamente unas gotas para despejar sus narices congestionadas y dormirse nuevamente.

Yo me entretengo despegando las pequeñas estalactitas que penden del techo de la carpa, es nuestro aliento que se condensa y congela al contacto con la tela helada, o admirando la cara de mi compañero que se me antoja caricaturesca a la luz de la vela. No sabiendo si reírme o apenarme al ver ese rostro otrora blanquísimo, ahora tachonado de manchas parduscas y costras de pellejo asado. De su supurante nariz pende un colgajo de piel que se mueve al ritmo de su respiración. A su barba embadurnada con crema se pegan pequeñas plumas desprendidas de su bolsa-cama y sus cabellos rubios, enmarañados y grasientos caen sobre el rostro sin inmutarle.

Todo esto, que en la vida “normal”, resultaría sencillamente insoportable, pasa ahora desapercibido

Rara circunstancia donde no existe relación entre las cosas a las cuales el hombre puso medida, espacio, tiempo, estética, formas convenciones y fuerzas, parecen quebrar sus leyes, donde cien pasos ocupan un día y lo que engaña estar a uno, está a cien. Donde se sienten las rocas y aristas blandas bajo el organismo exhausto, donde la luz y el fuego no calientan y el hielo y el frío queman, donde se mira al cielo con sus nubes y su sol en los abismos, donde es el día mudo y escuchamos la noche murmurar, donde

encender un fósforo o mover un pie adquiere tal magnitud, requiriendo tal dedicación de la mente, como para hacerse sinónimos de “sobrevivir”.

A las 5,30 hs. acaba el último parpadeante cabo de vela y el resplandor azulado de la llama de gas es poco a poco reemplazada por una tenue luminosidad. Es el día, DIA con mayúscula para nosotros, por lo que significará en nuestra vida.

Y así, como la luz desplaza a las sombras, la inquietante expectativa de la partida hacia la cima puede mucho más que el sueño y el dolor del dedo que poco a poco, recupera su sensibilidad. Impactado está ya en el plano de la conciencia la meta, la ambición mil veces soñada, pisar la cumbre más alta de América. Más de una vez me tiento por despertar a Jorge, sacarlo del sueño que ahora solo concibe en mi impasible camarada, para salir en busca de ella.

Pero es demasiado temprano y el frío me inhibe y contrae.

Así pasé esta inolvidable noche a los 6.600 j. de altura, interminable en la vigilia, preñada de pensamientos y emociones que las más de las veces me resultan inenarrables.

Día Jueves 21 de enero

A las 7 y 30 hs. sacudo a Jorge, a esta altura el sueño es tan ligero y superficial que no cuesta mucho trabajo despertarle.

-Arriba Jorge, saldamos ya.

Se despereza

-Mmm, haber . . . No, es muy temprano. ¿Cuánto hace?

-Veintidós bajo cero

-Esperá un rato Quique, es mucho frío, y no estamos a más de 4 o 5 horas de la cumbre. No hay prisa.

Sin más se acurruca en la bolsa-cama y se duerme de nuevo. Por hacer algo yo me preparo un té y me pongo a encerrar cuidadosamente mis botines, luego escribo un poco en la libreta donde llevo el diario de la Expedición.

“Vamos a partir hacia la cumbre, cielo despejado, viento suave del W. , temperatura a las 8 y 30 hs., - 20°. No se me ocurre nada más y decidido sacudo por segunda vez a mi compañero.

-Ya es hora Jorge, ¡Vamos Jorge!

-Bueno . . ., vamos, bosteza.

Pero aún debo esperar que mi flemático compañero se vista cadenciosamente y comience su cuidadosa preparación del té con leche.

-¿Te das cuenta Quique? ¡Las cosas trabajosas que hay que hacer en estos tiempos para emerger del nivel estándar, antes por mucho menos eras famoso!

Fue todo su comentario mientras sorbía su té, en el cual sobrenadaban cosas impropias de un té que se precie de tal.

A las 9 hs. nos arrastramos fuera de la carpa y nos ponemos en la desagradable tarea de colocarnos los cubrecalzados, y grampones, con las manos ateridas, no podemos maniobrar con las correas congeladas y

duras como alambres. Nos insume media hora de forcejeos, Jorge me ayuda a anudarme y abrocharme, todo, pues no me saco las manoplas de pluma por nada del mundo, dentro de ellas mis dedos como si fueran paletas de tenis.

Tomamos unas fotografías del campamento y nos izamos fuera de hoyo. Faldeando la grieta, buscamos un paso hacia el otro lado, que se eleva como un gran voladizo encima nuestro.

Libres de las mochilas nos movemos con rapidez y soltura, más aún, yendo sin cuerda, la que llevamos por alguna eventualidad. A unos 100 m. del campamento, encontramos ya una especie de puente de nieve, esta, rebasando el labio superior de la grieta, toca el inferior en una extensión de una decena de metros. Sondeo y me parece resistente, por suerte aún no tuve tiempo de reblandecerse, cosa que ocurre más tarde entre las 14 y 16 hs. momentos en que los efectos de la fuerte insolación se hacen sentir más sobre la nieve acumulada sobre el hielo. Trepo con cuidado, hundiéndome hasta las rodillas, abajo, atento a la soga, Jorge aguarda los resultados de la tentativa, había subido unos veinte metros así, a cuatro pies y con la vista fija en la nieve, que cruje bajo mi peso, cuando levanto los ojos. Fue tal la sorpresa que por poco me vengo abajo.

-¡El filo, Jorge, el filo!, grito gesticulando como un energúmeno. Este, que ya está sobre el puente, lógicamente pensó que era un nuevo ataque de "excitación anóxica", pues la última que podía imaginarse es que habíamos dormido tan cerca de la cresta del glaciar.

Muchos se preguntarán que gran importancia tiene el llegar al filo de un cerro, si su cumbre aún está lejos. Andinísticamente hablando, lograr el filo es sinónimo de un 90% de la tarea cumplida, este si nos es muy accidentado, nos lleva a la cumbre como los rieles al tren.

Además, el panorama se nos amplía en 180º más de horizonte y cada grado, algo que nunca hemos visto he imaginado. Y el que teníamos delante nuestro era como para hacer exclamar a mi querido compañero alemán.

La aguda cresta en la cual nos encontramos se desprendía bruscamente miles de metros abajo, hacia el valle del ventisquero Horcones Inferior, que se escurría por él, como un gigantesco gusano. A nuestra derecha tenemos la pared sud del Aconcagua, elevándose con sus 3.000 m. casi verticales de hielo y nieve, hacia la cumbre sud del cerro. Solo atinamos a exclamar monosílabos y a tomar unas fotografías.

Cuando salimos del encantamiento producido por la inesperada aparición de tanta hermosura, de tanto color y grandiosidad, nos damos cuenta de que la cumbre está allí, a cuatro o cinco centenares de metros delante nuestro, y que solo nos separa un filo facilísimo, de suave pendiente y ondulado más adelante por domos chatos de hielo cristalino, rizados como si fueran líquidos por la acción del viento.

Ver esto, gritar nuevamente de alegría y lanzarnos hacia ella a todo lo que nos permitían las piernas y la altura, fue una sola cosa.

A todo esto, se agrega la ansiedad por saber lo que fue de Bravo y demás de la cordada que nos precedía. Mis pies parecen tener alas, las sienas me baten sordamente. El fijo se ensancha, paso un lomo helado, luego otro y otro, como caparazones de tortugas, duros y brillantes. En uno de ellos noto algo raro ¡Son huellas! La característica herida que marcan los grampones en el hielo. Las cuento, una, dos, tres, ¡Son ellos!, ¡llegaron todos!, ayer estuvo Bravo, Dado y Tató en la cumbre! Mi alegría no tiene límites, retomo la marcha sin esperar siquiera a Jorge que viene un poco atrás, el filo cada vez más ancho y redondeado, pierde inclinación. Debo estar cerca. El glaciar se acaba bruscamente y una pendiente de pocas piedras y peñascos negruzcos se extiende hasta . . . ¡Si, hasta la cumbre!

Son las 11 y 40. Me quito los grampones y cubrecalzado, doy unos pasos hacia ella, pero me detengo, debo esperar a Jorge, llegaremos juntos, allá lo veo caminar a unos 300 m. lentamente, siempre calmo y pausado. Yo estoy sobre ascuas y paso la mirada de Jorge a la cumbre y de la cumbre a Jorge.

Me resulta embarazoso explicar esta sensación de ansiedad cuando se está tan cerca de la cumbre. Siempre me preguntan ¿Y qué hacen arriba? No solo es llegar, respondo. Llegar y ver. Pocos son los que ante esta respuesta pueden suprimir un gesto de extrañeza o sorna. Los de más confianza nos tildan directamente de locos, pues esos dos verbos “llegar” y “ver” nada significan para alguien que no los vivió en las circunstancias que relato. Pocos comprenden ese “ver” bajo nuestros pies hasta el infinito, lo que pocos ojos tuvieron la dicha de contemplar, y menos aún ese “llegar”, con la inmensa satisfacción de un esfuerzo que da sus frutos, conjugado a un íntimo orgullo que estalla en el espíritu con un silencioso “lo hice”, al pisar la cima.

No resisto más, la impaciencia me vence al ver detenerse a Jorge a tomar aliento. Es exactamente mediodía, cuando me apoyo en la cruz, que, aunque abatida por el viento, marca aún más el punto máximo de nuestro continente.

No intentaré transmitir emociones, convencido ya de que es posible y como siempre me limito al mero relato de un hecho, o a la descripción de un estado de la mente, las cosas que escapan a ella, tocando algunos sonos más altos del espíritu, las dejo, para no fracasar como otros, que más versados en el manejo de las palabras escritas, han tratado de explicar inútilmente lo que se siente cuando se logra algo muy deseado, algo muy caro a nuestro espíritu y muy duro, muy difícil de alcanzar.

Como si fuera a través de un sueño, mis ojos cansados tratan de abarcarlo todo, imposible, es demasiado grande . . . Los pasos de Jorge me vuelven a la realidad.

-¡Nunca hubiese creído que estuviéramos a dos horas de la cumbre!, comenta Jorge, mientras bajamos hacia el campamento.

-Es verdad nos vinimos muy alto con todo el equipo, pero es muy reconfortante tener el “hogar”, tan cerca de la cima.

-¡Allí está!, exclama Jorge, señalando hacia abajo.

-¡Eh, nos pasamos de largo el puente!

-No pienso subir de nuevo, larguémonos por aquí directamente.

-No creo que alcance la sogá.

Efectivamente el extremo de la cuerda llega a unos 5 m. sobre nuestra pequeña carpa. Volviendo una veintena de pasos nos encontramos en un punto desde donde la sogá puede llegar al labio inferior de la grieta.

-Sujetá bien, que yo me largo primero, luego tallás un hongo y descendes tú, indica Jorge, mientras cavamos una plataforma donde yo pueda afirmarme y aguantar su peso. Poco después bajo colgado de la sogá que pasa alrededor de mi cuerpo y que yo hago deslizar nuevamente, mientras él clava las puntas delanteras de sus grampones en la pared de hielo. Una brusca distensión de la cuerda me indica que llegó al otro lado. Después de pasar la sogá alrededor del cuello del hongo y de haber probado mi compañero, su resistencia, colgándose de abajo, desciendo en rapel, Jorge toma fotos.

-Quique!¿puedes ponerte de costado?.

-¿Qué?, ¡tomala como puedas . . . no es momento para posar!

-No es cuestión de poses, arruinas la foto con tus pantalones desfondados en el primer plano!

No sé si a otros andinistas o alpinistas les paso lo mismo, en caso contrario sería patrimonio de los del C.A.T., las posaderas desprovistas de pantalón durante cualquier descenso, por lo cual los estetas del Club aconsejan usar refuerzos de cuero.

Hemos tocado el borde inferior cerca la Hoya del campamento, nos cobujamos en la carpa, a recostarnos sobre las muelles plumas de los sacos de dormir.

-¡Ah!, esto es vida!, suspira Jorge.

-Sí, pero debemos seguir bajando, acoto secamente, al estilo Scheimer.

-Siempre apurado tú, Quique ¿qué hora es?

-Las 14 hs., ¿seguimos?

-Ante todo, tengo hambre.

-Yo prefiero cenar cómodamente en el 2 y ahora que recuerdo dejé allí una lata de ensalada de frutas ¿seguimos?

-De acuerdo, ¡manos a la obra!, antes que le inquen el diente la otra cordada.

En un santiamén armamos las mochilas, desarmamos campamento ya a las 14 y 30 hs. estamos descendiendo a todo vapor por el centro del glaciar. Aprovechamos los campos de penitentes como freno, aunque esto es algo “traumático”, nos es imprescindible para no tomar velocidad pendiente abajo, cosa que en el hielo limpio es peligrosísimo

Como si hubiese caído un alud, queda un surco de penitentes derribados por el sito donde hemos pasado. Nos turnamos cada 10 o 20 minutos en la delantera, abriendo la brecha. Esto al comienzo era casi divertido, luego empezó a molestarnos, luego cansándonos y terminó hartándonos. Así a las 19 y 30 hs. después de “patear” hielo, durante 12 hs. consecutivas, ya nos encontramos sobre los límites del agotamiento. Caminamos como robots, o como chicos escaldados, según la expresión de Tató.

Sin sacarnos los grampones a través del pedregal de la morrena que nos separa del manchón de nieve que nos llevará hasta el Campamento N° 2.

Llego a este con el sol sobre el horizonte, proyectando el Aconcagua su larga sombra sobre el valle de Relinchos.

Allí está una carpa y Miguel, Mario y Ovejero sentado en un rincón, donde aún alcanza el sol, toman mate y fuman. Tan absortos están en su charla que no se dan cuenta que yo me acerco a ellos, apareciendo detrás de las peñas que protegen el campamento.

Al darse cuenta de mi presencia, fue como si hubieran visto a Lázaro resucitar o algo por el estilo, a juzgar por sus gestos de asombro al correr hacia mí. Por mi lado, estar junto a ellos en el seguro campamento de “tierra firme”, fue como ver la Tierra Prometida.

-¡“Dañino”! ¿Lo hicieron?, exclama Mario llamándome por el apodo, resabio de la época del Colegio Nacional.

-¡Lo hicimos!, respondo, con un nudo en la garganta. Me abrazan, felicitan y me atiborran con preguntas.

-¿Cuándo?

-¿Cómo fue?

-No los esperábamos todavía ¿No estaban sobre la grieta de arriba a mediodía?

-¿Están bien? ¿Y Jorge?

-Perfectamente, un poco descalabrados, pero “enteros”, Jorge viene un poco atrás, ya llegará.

-Ovejero, preparará una sopa, indica Miguel, mientras me quita solícito los grampones.

-¿Qué es de los demás?, pregunto.

-Bajaron al mediodía y prosiguieron hacia el 1, pues aquí no hay sitio para todos.

-¿Sin problemas?

-De ninguna especie, muy contentos, pero preocupados por Uds.

-¡Y nosotros por ellos!, pues los vimos ayer a las 16 hs. pasando recién la grieta.

-Y nosotros por los cinco, allí está Jorge, grita Mario.

-¡La pipa!, exclama Miguel, señalando la cara de Jorge ¿esa es cabeza o un lechón asado?

-¿Existe aún la ensalada de frutas?, son las primeras palabras de Jorge mientras se le ayuda a desembarazarse de la carga.

El nido de cóndores parece de fiesta, circula el mate, se ríe y todos hablan al unísono.

-¿Nadie se congeló?, pregunta Mario, ¿No me dirán que traje el cargamento de anticongelantes al vicio!

-¿Festejemos el chiste con la ensalada de frutas!, grita Jorge.

-¡Primero la sopa muchacho!, acota Ovejero, saliendo de la capa con un humeante caldo de gallina.

Solo el vivir estos momentos de pura camaradería, franca, sin retaceos, justificaría trepar de nuevo al Aconcagua. Esos vínculos de sincera amistad, acrecentados y purificados por la soledad de ese perfecto crisol que es la dura vida de montaña, quedan para siempre gravados en mis recuerdos, como los más puros e indelebles.

Como obscurece, el frío nos empuja a buscar la tibieza de las carpas, además nuestras osamentas piden a gritos un reposo merecido con creces. Pero no nos dormimos sin antes haber saboreado la ensalada de frutas. Lo que logra hacer nuestra felicidad completa.

Hasta las 22 hs. escuchamos la charla de nuestros compañeros del grupo de apoyo. Están planeando ascender al Ameghino.

Día Viernes 22 de enero

El mediodía nos encuentra aun remoloneando en los sacos de dormir. Todo me parece un sueño, debemos dejar el Aconcagua y todo se nos hace lejano por momentos. Varias veces me desperté angustiado, pensaba que debía seguir hacia arriba, como buscando algo aun alejado. Pareciera que mi mente continuara viviendo por “inercia” las emociones vividas días pasados, y entonces, cuando regresan a mí la realidad de lo logrado, me invade una profunda satisfacción y me adormezco diciéndome, lo hice, lo hice . . .

A las 8 hs. me despertó la baraúnda que hacían Miguel, Mario y Ovejero, preparándose para salir en pos del Ameghino. Peco después aparece la cara sonriente y barbuda de Miguel para despedirse.

-Buen dia viejo, ya nos vamos ¿Uds. bjan hoy?, pregunta

-Si, pero a la tarde.

-Habrá tertulia en 1, entonces, nos veremos allá, hasta luego.

-Hasta la tarde Miguel, ¡buena suerte y éxitos!

Jorge ni se movió, a veces en sueños murmura algo inteligible, moviéndose inquieto. Su espíritu debe estar aún gramponeando sobre el glaciar de los Polacos. Las pisadas de nuestros amigos se alejan.

Siento una tristeza una nostalgia deprimente, como si nuestro regreso, dando espaldas a la mole del Aconcagua, fuera una amarga despedida. Esos pasos que se retiran me parecen marcar el comienzo del pasado, pasando este momento de nuestra vida a ser relegado al recuerdo grato de una aventura juvenil para unos y un puntal donde construyó la entereza moral, para otros.

Pero todos pondremos sin vacilar, nuestros días en el Aconcagua, bajo el común denominador de "inolvidable". Inolvidable porque cada momento de nuestra empresa, triste o placentero, de expectativas o desesperanza y hasta el retorno han hecho vibrar entonces las fibras más sutiles e íntimas del sentimiento.

Y ahora a muchos meses de la realidad me parece vivirlos en sus más mínimos detalles, entonces me siento impotente al no poderlos extravertir aquí, como si mi lenguaje fuera inútil para llevarlos más allá de mí.

El sol ya está alto cuando perezosos salimos fuera de la carpa y con desgano comenzamos a recoger los diversos implementos y reservas de víveres para evacuar definitivamente el Campamento 2.

El cielo está más azul que nunca, los hielos y nieves más deslumbrantes, las alturas más encantadoras y subyugantes. Nos resistimos a dejarlos, no sin antes habernos empapados de su belleza en largos ratos de contemplaciones, sabiendo que pronto nos lo velarán las profundidades de los valles y quebradas. Estas, a su vez nos llevarán a otros ámbitos más cerrados aún: la Civilización.

A las 15 hs. los guijarros y cantos rodados de los faldeos del Aconcagua, comienzan a escurrirse bajo nuestros pasos. Las montañas parecen crecer a nuestro lado a medida que nos introducimos en el Valle de Relinchos. Seguimos casi inconscientemente el profundo sendero en zig-zag, que tallaron la grava las idas y venidas de los días pasados, mientras equipábamos los campamentos superiores. Nos detenemos a veces un rato para observar las diminutas formas humanas que ganan poco a poco altura en las pendientes del Ameghino o para contemplar el Campamento 1, donde se mueven alborzados nuestros compañeros al vernos llegar. Aún no saben el resultado de nuestra tentativa, e impacientes salen a nuestro encuentro. Casi no se atreven a preguntar.

Les hago señas afirmativas con la cabeza, señalando hacia arriba con el dedo.

Enrique Tanoni